lo que salva á las naciones, la unidad; no tiene lo que las pierde, el egoísmo. Para ella, conquistar provincias es cosa buena; pero conquistar espíritus, es mejor. Las repúblicas del pasado, fortificadas en un rincón, hacían todas algo que era limitado y especial; su forma, insistamos acerca este punto, era inaplicable á otras; su finalidad no salía de sí mismas. Esta construía una señoría, aquella una burguesía, aquella otra una municipalidad, esta última una tienda. Francia construye la sociedad humana.

Las antiguas repúblicas se han eclipsado. El mundo apenas lo ha notado. El día en que Francia se apagara, se extendería el ocaso sobre la tierra.

Sin embargo, estamos muy lejos de decir que las antiguas repúblicas fueron inútiles al progreso de Europa, pero es cosa cierta que Francia es necesaria.

Para resumirlo todo en una palabra, de las antiguas repúblicas sólo salían hechos; de la Francia salen principios.

Ahí está el beneficio. Ahí está también el peligro.

De la misma misión que Francia se ha atribuído, es decir, según nosotros, que ha recibido de lo alto, resulta más de un peligro, sobre todo más de una alarma.

La extrema amplitud de los principios franceses hace que los otros pueblos puedan querer ensayarlos por sí mismos. Ser Venecia, no tentaría á ninguna nación; ser Francia, las tentaría á todas. De ahí algunas eventuales empresas que preocupan á las coronas.

Francia habla muy alto, y siempre, y á todos. De ahí un gran ruido que hace velar á los unos; de ahí una gran conmoción que hace temblar á los otros.

Con frecuencia lo que es promesa á los pueblos parece amenaza á los príncipes.

Con frecuencia también el que proclama declama.

Francia propone muchos problemas á la meditación de los pensadores. Pero lo que hace meditar á los pensadores hace pensar á los insensatos.

Entre esos problemas, hay algunos que los espíritus poderosos y verdaderos resuelven con el buen sentido; hay otros que los espíritus falsos resuelven con el sofisma; y hay otros que los espíritus feroces resuelven con la sublevación, la emboscada ó el asesinato.

Y, además—y este es, por otra parte, el inconveniente de las teorías—, se empieza por negar el privilegio, y se tiene completa razón; luego se niega la herencia, y sólo se tiene razón á medias; luego se niega la propiedad, y ya no se tiene razón; luego se niega la familia, y se es completamente injusto; luego se niega el corazón humano, y se es monstruoso. Aun negando el privilegio, se es injusto no distinguiendo en seguida entre el privilegio instituído en interés del individuo, el cual es malo, y el privilegio instituído en interés de la sociedad, el cual es bueno. El espíritu del hombre, conducido por esa cosa ciega que se llama la lógica, pasa fácilmente de lo general á lo absoluto, y de lo absoluto á lo abstracto. Ahora bien; en política, lo abstracto se convierte fácilmente en feroz. De abstracción en abstracción se llega á ser Nerón ó Marat. En el medio siglo que acaba de transcurrir, Francia, pues nada queremos atenuar, ha seguido esa pendiente; pero ha acabado por remontar hacia la verdad.

En el 89 soñó en un paraíso, en el 93 realizó un infierno; en 1800 fundó una dictadura, en 1815 una restauración, en 1830 un Estado libre. Y ha compuesto este Estado libre de elección y de herencia. Ha devorado todas las locuras antes de llegar á la sabiduría; ha sufrido todas las revoluciones antes de llegar á la libertad. Ahora bien, á su sabiduría de hoy se le

reconvienen las locuras de ayer; á su libertad se le reconvienen sus revoluciones.

Permítasenos aquí una digresión que, por otra parte, va indirectamente á nuestro objeto. Todo lo que se reprocha á Francia, todo lo que Francia ha hecho, Inglaterra lo ha hecho antes que ella. Unicamente que—¿será por ese motivo que no se reprocha nada á aquélla?— los principios que han surgido de la revolución inglesa son menos fecundos que los que se han desprendido de la revolución francesa. La una, egoísta como todas aquellas otras repúblicas que han muerto, sólo ha estipulado para el pueblo inglés; la otra, acabamos de decirlo, ha estipulado para la humanidad entera.

Por lo demás, el paralelo es favorable á Francia. Las matanzas del Connaught exceden al 93. La revolución inglesa tuvo más poder para el mal que la nuestra, y menos poder para el bien; mató á un rey más grande y produjo un hombre menos grande. Se admira á Carlos I; sólo se puede compadecer á Luis XVI. En cuanto á Cromwell, el entusiasmo vacila ante aquel grande hombre deforme. Lo que tiene de Scarrón estropea lo que tiene de Richelieu; lo que tiene de Robespierre estropea lo que tiene de Napoleón.

Podría decirse que la revolución británica está circunscrita en su alcance y su resplandor por el mar, como la misma Inglaterra. El mar aisla las ideas y los acontecimientos como los pueblos. El protectorado de 1657 es al imperio de 1811 lo que una isla á un continente.

Por sorprendentes que fuesen, á mitad del siglo XVII, aquellas aventuras de una poderosa nación, los contemporáneos creían apenas en ellas. Nada preciso se dibujaba en aquel extraño tumulto. Los pueblos de este lado del Estrecho sólo vislumbraban las grandes y fatales figuras de la revolución inglesa de-

trás de la espuma de los acantilados y las brumas del Océano. La sombría y borrascosa tragedia en que brillaban la espada de Cromwell y el hacha de Hewlet, sólo aparecían á los reyes del continente á través del eterno cortinaje de tempestades que la naturaleza despliega entre Inglaterra y Europa. A aquella distancia y entre aquella niebla, no eran ya hombres, sino sombras.

Cosa muy digna de nota y de insistencia: en el espacio de medio siglo, dos regias cabezas han podido caer en Inglaterra, la una bajo un machete real, la otra en un cadalso popular, sin que las testas coronadas de Europa sintieran otra conmoción que la piedad. Cuando la cabeza de Luis XVI rodó en París, la cosa pareció completamente nueva y el atentado inaudito. El golpe dado por la vil mano de Marat y de Couthon resonó más adentro en el terror de los reyes que los dos golpes dados por el soberano brazo de Isabel y por el formidable brazo de Cromwell. Sería casi exacto decir que, para el mundo, lo que no se ha hecho en Francia, no se ha hecho aún.

1587 y 1649, dos fechas evidentemente lúgubres, mas como si no existieran, pues desaparecen bajo el horrendo resplandor de estas cuatro cifras: 1793.

Es cierto, respecto á Inglaterra, que el *penitus toto divisos orbe britannos* ha sido verdad por mucho tiempo. Y, hasta cierto punto, lo es todavía. Inglaterra está menos cerca del continente de lo que ella misma cree. El rey Canuto el Grande, que vivía en el siglo XI, le parece á Europa tan distante como Carlomagno. Para la mirada, los caballeros de la Tabla redonda retroceden entre las nebulosidades de la Edad media casi hasta el mismo plano que los paladines. La fama de Shakespeare ha tardado cuarenta años en pasar el Estrecho. En nuestros días, cuatrocientos hijos de París, amontonados silenciosamente como

las moscas de octubre en los negros rincones de la vieja puerta de San Martín, y desempedrando la calle durante tres noches, conmueven más profundamente á Europa que todo el salvaje ruido de las elecciones inglesas.

Hay, pues, en el miedo que Francia inspira á los príncipes europeos, un efecto de óptica y un efecto de acústica, doble aumento del que habría que desconfiar. Los reyes no ven la Francia tal cual es. Inglaterra hace daño, Francia hace ruido.

Las varias objeciones que se oponen en Europa, desde 1830 especialmente, al espíritu francés, deben, según nuestra opinión, ser abordadas todas de frente, y, por nuestra parte, no retrocederemos ante ninguna. En el siglo XIX, lo proclamamos con gozo y con orgullo, la finalidad de Francia es el pueblo, es la elevación gradual de las inteligencias, es el endulzamiento progresivo de la suerte de las clases numerosas y afligidas, es el presente mejorado por la educación de los hombres, es el porvenir asegurado por la educación de los niños. No cabe duda que es esta una santa é ilustre misión. No nos disimulamos, empero, que á estas horas una porción del pueblo, con toda seguridad la menos digna y tal vez la menos doliente, parece agitada por malos instintos; despiértanse en ella la envidia y los celos; el holgazán de abajo mira con furor al ocioso de arriba, al que, sin embargo, se parece; y, colocada entre esos dos extremos, que se tocan más de lo que imaginan, la verdadera sociedad, la gran sociedad que produce y que medita, parece que está amenazada en el conflicto. Un trabajo subterráneo de odio y de cólera va haciéndose en la obscuridad, de vez en cuando estallan graves síntomas, y no negamos que los hombres prudentes, hoy en día tan afectuosamente inclinados á las clases que sufren, no mezclen tal vez alguna desconfianza á su simpatía. Según nosotros, es el caso de vigilar, mas no es el caso de asustarse. Aquí también, medítese con cuidado, en todos esos hechos de que Europa se espanta y que declara inauditos, no hay nada nuevo. Inglaterra tuvo, antes que nosotros, revolucionarios; Alemania, permítanos que se lo digamos, tuvo, antes que nosotros, comunistas. Antes que Francia, Inglaterra había decapitado á la realeza; antes que Francia, la Bohemia había negado la sociedad. Los hussitas, ignoro si nuestros sectarios contemporáneos lo saben, habían practicado desde el siglo XV todas sus teorías. Enarbolaban dos banderas; en la una habían escrito: *¡Venganza del pequeño contra el grande!*, y así atacaban momentáneamente el orden social; en la otra habían escrito: *¡Reducir á cinco todas las ciudades de la tierra!*, y atacaban así el orden social eterno. Se ve que, por la idea, estaban tan «avanzados» como los que se denominan hoy comunistas; por la acción, ved en donde estaban: habían arrojado á un rey, Segismundo, de su capital, Praga; eran dueños de un reino, la Bohemia; tenían un general hombre de genio, Ziska; habían desafiado un concilio, el de Basilea, en 1431, y ocho Dietas, la de Brinn, la de Viena, la de Presburgo, las dos de Francfort y las tres de Nuremberg; habían celebrado ellos mismos una Dieta en Czaslau, depuesto solemnemente un rey y creado una regencia; habían hecho frente á dos cruzadas suscitadas contra ellos por Martín V; asustaban á Europa hasta tal punto, que se estableció contra ellos un consejo de guerra permanente en Nuremberg, una milicia perpetua mandada por el elector de Brandeburgo, una paz general que permitía á Alemania reunir todas sus fuerzas para su exterminio, y un impuesto universal, el *dinero común*, que el príncipe soberano pagaba lo mismo que el campesino. El terror de su aproximación había hecho transportar la corona de

Carlomagno y las joyas del imperio de Carlstein á Buda, y de Buda á Nuremberg. Habían devastado horriblemente, en presencia de la Alemania armada y azorada, ocho provincias, la Misnia, la Franconia, la Baviera, la Lusacia, la Sajonia, el Austria, el Brandeburgo y la Prusia; habían derrotado á los mejores capitanes de Europa, al emperador Segismundo, al duque Coribut Jagellón, al cardenal Juliano, al elector de Brandeburgo y al legado del Papa. Delante de Praga, en Teutschbroda, en Saatz, en Aussig, en Riesenberg, delante de Mies y delante de Taus, habían exterminado ocho veces el ejército del santo imperio, y entre aquellos ocho ejércitos, había uno de cien mil hombres, mandado por el emperador Segismundo, uno de ciento veinte mil hombres, mandado por el cardenal Juliano, y uno de doscientos mil hombres, mandado por los electores de Tréveris, de Sajonia y de Brandeburgo. Este último solamente, en el estado de las fuerzas militares del siglo XV, representaría en la actualidad un armamento de un millón doscientos mil soldados. ¿Y cuánto tiempo duró aquella guerra hecha por una secta á Europa y al género humano? Diez y seis años. De 1420 á 1436. No cabe duda alguna que se trataba de un salvaje y gigantesco enemigo. Pues bien, la civilización del siglo XV, por el hecho de que aquél era la barbarie y ella la civilización, fué lo bastante fuerte para asirlo, estrecharlo y sofocarlo. ¿Hay alguien que crea que la civilización del siglo XIX deba temblar ante una docena de holgazanes ebrios que deletrean un libelo en una taberna?

Algunos desdichados, unidos á algunos miserables, así son los hussitas del siglo XIX. Contra semejante secta, contra semejante peligro, bastan dos cosas, la luz en los espíritus, un cabo y cuatro soldados en la calle.

Tranquilicémonos, pues, y tranquilicemos al continente.

Rusia é Inglaterra dejadas en la excepción, y ya hemos dicho claramente por qué, se reconoce en Europa, sin contar los Estados pequeños, dos clases de monarquías, las antiguas y las nuevas. Salvo las restricciones de detalle, las antiguas declinan, las nuevas se acrecientan. Las antiguas son: España, Portugal, Suecia, Dinamarca, Roma, Nápoles y Turquía. Al frente de esas viejas monarquías está Austria, gran potencia alemana. Las nuevas son: Bélgica, Holanda, Sajonia, Baviera, Wurtemberg, Cerdeña y Grecia. Al frente de esos reinos jóvenes está Prusia, otra gran potencia alemana. Una sola monarquía en ese grupo de Estados de todas edades disfruta de un magnífico privilegio, es á un tiempo vieja y joven, tiene tanto pasado como Austria y tanto porvenir como Prusia; es Francia.

¿No indica esto claramente el papel que ha de representar necesariamente Francia? Francia es el punto de intersección de lo que ha sido y lo que será, el lazo común de las viejas realezas y de las naciones jóvenes, el pueblo que recuerda y el pueblo que espera. La corriente de los siglos puede deslizarse, el paso de la humanidad está asegurado; Francia es el puente granítico que conducirá las generaciones de una á otra orilla.

¿Quién puede pensar entonces en quebrantar ese providencial privilegio? ¿Quién podrá entonces pensar en destruir ó en desmembrar la Francia? Fracasar en ello sería declararse loco. Lograrlo sería hacerse parricida.

Lo que intranquiliza extrañamente á las coronas es que Francia, por este poder de dilatación que es propio de todos los principios generosos, tiende á extender por fuera su libertad.

Aquí es preciso que nos entendamos.

La libertad es necesaria al hombre. Podría decirse que la libertad es el aire respirable del alma humana. Bajo cualquier forma que aparezca, le es indispensable. Cierto que todos los pueblos de Europa no son completamente libres; pero todos lo son bajo un aspecto. Aquí es libre la ciudad, allá el individuo; aquí es la plaza pública, allí la vida privada; aquí es la conciencia, allí la opinión. Podría decirse que hay naciones que sólo respiran por una de sus facultades, como hay enfermos que sólo respiran con un pulmón. El día en que esta respiración les fuese prohibida ó imposibilitada, la nación y el enfermo morirían. Mientras tanto, viven, hasta el día en que llegue la completa salud, esto es, la completa libertad. Alguna vez la libertad reside en el clima; la naturaleza la crea y la da. Ir medio desnudo, con el gorro encarnado en la cabeza, con un andrajo de tela por calzones y un andrajo de lana por manto; dejarse acariciar por el aire tibio, por el sol resplandeciente, por el cielo azul, por el mar azul; tenderse en la puerta del palacio á la misma hora que el rey se acuesta en la regia alcoba, y dormir mejor fuera que el rey dentro; hacer lo que uno quiera; existir casi sin trabajo, trabajar casi sin fatiga, cantar día y noche, vivir como el pájaro; tal es la libertad del pueblo de Nápoles. Alguna vez la libertad está en el carácter mismo de la nación, y es también un don del cielo. Pasar todo el día de codos en la mesa de una taberna, aspirar el mejor tabaco, sorber la mejor cerveza, beber el mejor vino, no quitarse la pipa de la boca más que para poner el vaso, y, sin embargo, abrir de par en par las alas del alma, evocar en el cerebro los poetas y los filósofos, deducir de todo la virtud, construir utopías, desorganizar el presente, organizar el porvenir, hacer despertar todos los hermosos ensueños que velan la fealdad de las realidades, olvidar y recordar á un tiempo, y vivir de este modo, noble, grave, serio, con el cuerpo envuelto por el humo y el espíritu entre quimeras; tal es la libertad del alemán. El napolitano posee la libertad material, el alemán la libertad moral; la libertad del *lazzarone* ha creado á Rossini; la libertad del alemán ha creado á Hoffmann. Nosotros, los franceses, poseemos la libertad moral como el alemán y la libertad política como el inglés; pero no poseemos la libertad material. Somos esclavos del clima; somos esclavos del trabajo. Esta agradable y deliciosa frase, *libre como el aire*, puede aplicarse al *lazzarone*, mas no á nosotros. No nos lamentamos, pues la libertad material es la única que puede prescindir de la dignidad; y en Francia, al punto de iniciativa civilizadora á que ha llegado la nación, no basta que el individuo sea libre, es preciso, además, que sea digno. Nuestra parte es hermosa. Francia es tan noble como la noble Alemania; y, más que Alemania, tiene el derecho de aplicar directamente la fuerza fecundante de su espíritu á la mejora de las realidades. Los alemanes tienen la libertad de la fantasía, nosotros tenemos la libertad del pensamiento.

Pero para que el libre pensamiento sea contagioso, es preciso que los pueblos hayan sufrido largas preparaciones, más divinas aún que humanas. Todavía no han llegado á eso. El día en que lo logren, el pensamiento francés, madurado por todo lo que habrá visto y todo lo que habrá hecho, lejos de perder á los reyes, los salvará.

Esta es al menos nuestra profunda convicción.

¿A qué, pues, molestar y disminuir esa Francia, que será tal vez en el porvenir la providencia de las naciones?

¿A qué negarle lo que le pertenece?

Se recordará que no hemos querido buscar en este problema más que la solución pacífica; pero, en rigor, ¿no cabe otra? En el platillo de la balanza donde se pesará un día la cuestión del Rhin, hay ya un gran peso, el derecho legítimo de Francia. ¿Habrá que echar también otro terrible peso, la cólera de Francia?

Nosotros somos de los que piensan firmemente y que esperan que no se llegará á ese punto.

Piénsese lo que es la Francia.

Viena, Berlín, San Petersburgo, Londres, no son más que ciudades; París es un cerebro.

De veinticuatro años á esta parte, Francia mutilada no ha dejado de engrandecerse con esa grandeza que no se ve con los ojos de la carne, sino que es la más real de todas, la grandeza intelectual. En el momento actual, el espíritu francés se substituye poco á poco al alma vieja de cada nación.

Las más altas inteligencias que, á la hora presente, representan para el universo entero la política, la literatura, la ciencia y el arte, es Francia la que las posee y que las da á la civilización.

La Francia de hoy es poderosa de otra suerte, pero tanto como antes.

Satisfágasela, pues. Y sobre todo medítese esto:

Europa no puede estar tranquila en tanto que Francia no esté contenta.

Y después de todo, en fin, ¡qué interés podría tener Europa en que Francia, intranquila, comprimida estrechamente entre fronteras contra naturaleza, obligada á buscar una salida á la savia que hierve en ella, se convirtiese á su pesar, en defecto de otro papel, en una Roma de la civilización futura, debilitada materialmente, pero moralmente engrandecida; metrópoli de la humanidad, como la otra Roma lo es de la cristiandad, reconquistando en influencia más

de lo que hubiese perdido en territorio, recobrando bajo otra forma la supremacía que le pertenece y que no le arrebatarán, substituyendo su antigua preponderancia militar con un formidable poder espiritual que hiciera palpitar al mundo, vibrar las fibras de cada hombre y temblar las gradas de cada trono; siempre inviolable por su espada, pero reina ya en lo sucesivo por su clero literario, por su lengua universal en el siglo XIX como el latín lo era en el XII, por sus periódicos, por sus libros, por su iniciativa central, por las simpatías secretas ó públicas, pero profundas, de las naciones, teniendo á sus grandes escritores por papas, y que papa haría un Pascal! ¡Sus grandes sofistas por antecristos, y que antecristo haría un Voltaire! ¡Ora alumbrando, ora deslumbrando, ora incendiando el continente con su prensa, como lo hacía Roma con su púlpito, comprendida porque sería escuchada, obedecida porque sería creída, indestructible porque tendría una raíz en el corazón de cada uno, deponiendo las dinastías en nombre de la libertad, excomulgando á los reyes de la gran comunión humana, dictando cartas evangelios, promulgando breves populares, lanzando ideas y fulminando revoluciones!